

El Fusil

Siglo II.—Año XV.—Disparo 738.

SEMANARIO RADICAL
ÓRGANO OFICIAL DEL SENTIDO COMÚN

OFICINAS
Calle de Pizarro núm. 14, 1.º izquierda.

PRECIOS
Provincias (un año)..... Tres ptas.
Extranjero (dos años)..... Dose »
Número suelto corriente..... 5 cént.
» » atrasado..... 25 »

Para los paqueteros á 3 céntimos.
(Desde 5 ejemplares en adelante).

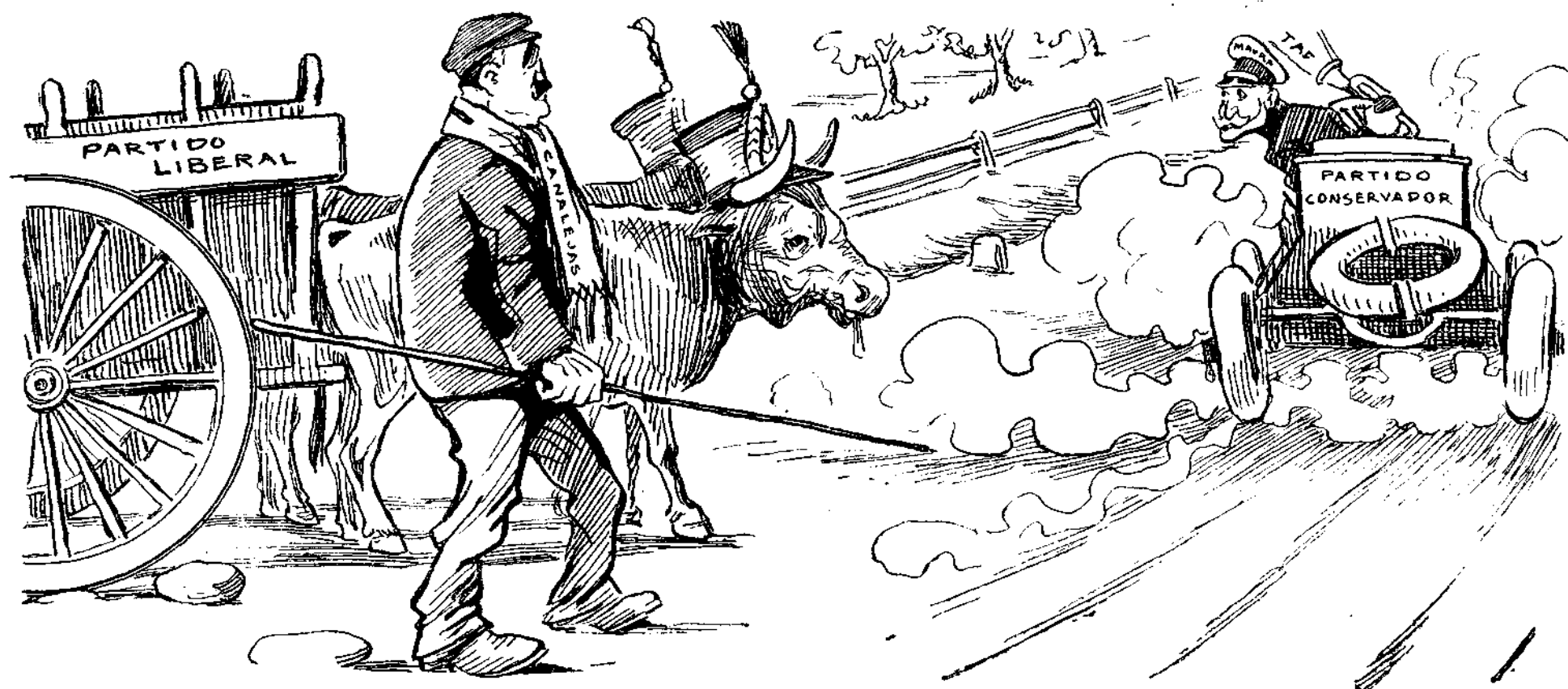
PAGO ADELANTADO
En libranzas del Giro Mutuo ó de la Prensa, Giro Postal, sobre monedero, cheque ó letra de fácil cobro.

NO SE ADMITEN SELLOS
Toda la correspondencia al Administrador
D. José Arrufat.

Madrid 26 de octubre de 1912.

YO TIRO SIN COMPASIÓN, — YO NO ADMITO SUBVENCIÓN; — NI ME CASO NI ME VENDO, — DE RETÓRICAS NO ENTIENDO — Y AL LADRÓN LLAMO LADRÓN

PARADOJAS DE LA VIDA



EL "CHAUFFEUR," AL BUEYERO:—¡Adiós tú, sembrador de ideas!

YA SALIÓ

MEMORIAS DE MUÑOZ VILLENA

FANTASÍA DE COSTUMBRES POLÍTICAS

por

Domingo Cirici Ventalló.

Un tomo de más de 200 páginas: DOS PESETAS

PERDIDOS Á "EL FUSIL,"

A librerías y correspondientes grandes descuentos.

¿Hubo pacto? ¿No lo hubo?

Sobre este punto, para ponerlo en claro se han pronunciado una docena de discursos en el Congreso, y, naturalmente, el punto ha quedado más turbio de lo que estaba. Es lo que ocurre siempre en los discursos parlamentarios.

De todos modos algo se puede deducir de tan profusa charla. No una afirmación concreta, precisa, categórica como convendría, pero sí una presunción bastante razonada. Yo creo, por lo tanto, que entre el gobierno y los obreros no hubo pacto para poner término al conflicto ferroviario.

Y creo esto por dos razones de gran

peso, de más peso que Barroso y Aguilera juntos (432 kilos y 313 gramos, los dos en bruto). La primera razón es que el gobierno democrático del señor Canalejas procede en todos sus actos con una formalidad tan exquisita, que es metafísicamente imposible que se comprometa á algo y no lo cumpla.

Y la segunda razón estriba en la entereza varonil de ese gobierno que no le permite pactar con nadie, absolutamente con nadie. Tiene trazado su programa en cuanto á su política general y permanente, y acuerda sus resoluciones en los diversos puntos circunstanciales con arreglo á las exigencias del programa, y á los dictados de su conciencia, de la justicia y del interés público, y no le hacen torcer su brazo ni oscilar en su pedestal todos los terremotos, todos los huracanes, todas las galernas habidas y por haber en los mares políticos y en las tierras sociales.

El señor Canalejas, arquetipo de la formalidad y de la entereza de carácter, no conoce las veleidades del entendimiento ni las flaquezas de los nervios. ¡Es todo de una pieza! No es como el acero templado que se dobla y no se rompe, sino como el hierro fundido que se rompe y no se dobla.

El día que tenga, por caso de fuerza mayor, que dejar incumplida alguna pa-

labra, el día que necesite pactar con alguien sus resoluciones de gobierno y andar en chalanos con las oposiciones y en componendas con los diversos elementos del partido, aquél día Canalejas dejará de ser presidente del Consejo.

Podrá Maura ser dúctil y maleable como cera; él no puede; se lo impide su historia ya larga de invariable consecuencia política y de no rectificad uniformidad de conducta. A Canalejas lo arrancaron de una cantera de mármol, lo tallaron de un sólo bloque y lo arrojaron al escenario de nuestra política, diciendo:—¡Ahí va eso!—Y aquí quedó en la postura en que cayera, firme, serio é invariable. Mueve sus hoy pintadas cejas, pero esto es por coquetería de hombre; agita los faldones de su chaqué, pero esto es por culpa del sastre. Como político y mucho menos como gobernante no mueve nada. ¡Nada!

Por estas dos razones es por lo que yo creo que no hubo pacto entre el gobierno y los obreros para poner término al conflicto ferroviario. Dirá lo que quiera el compañero Cardoncillo, afirmará lo que guste el señor Amado; asegurarán lo que tengan por conveniente los señores Salvatella é Iglesias (D. Emiliano), Iglesias (D. Dalmacio) é Iglesias (D. Pablo): de todos estos y de todo el mundo se puede poner en duda sus palabras. De Canale-

jas, no. Lo dijo el actual presidente del Consejo de ministros, y punto redondo. Tableau. Roma locuta. Y lo que él aquí escribió mantenido está por él. Se acabó el carbón. Etcétera, etcétera.

Pudo haber error de interpretación por parte de los que afirman que hubo pacto; pudieron oír mal los que fueron luego aconsejando que se volviera al trabajo por haberse comprometido el gobierno á satisfacer, por medio de una ley, las principales demandas de los ferroviarios; casi era de creer que hubo pacto y compromiso desde el punto en que no eran desmentidos por el señor Canalejas los que se valían de este ardid, de este error ó de esta falsedad para apaciguar las alborotadas aguas ferroviarias haciéndoles volver á discurrir tranquilas por sus cauces normales.

Pero ya se ha desmentido después y es igual, aunque para mí, no era necesario. Conozco la seriedad y entereza del señor Canalejas para tener por seguro que no hubo pacto.

¿No lo ha cumplido? Pues es que no lo hubo. ¡Canalejas cumple siempre lo que promete! ¡Siempre!

Para ser buen fusilero
hay que armar un compañero.
De la perfección en pos
va el que logra armar á dos.

¡ABRIGARSE!

Señores y caballeros, mendigos y millonarios: conservadores y ácratas, militares y paisanos: Octubre toca á su término, y tras de sus días plácidos el terrible invierno avanza y esto nos llena de espanto. Porque, como siempre, oh, cielos, nos sorprende sin un cuarto, y con Navarro en Hacienda, ¡que es lo más grave del caso! Nuestro despensero insigne, es decir, nuestro Navarro, se pasa tirando líneas el día, y haciendo cálculos para enjugar nuestros débitos y que al fin todos podamos comer pavo en el invierno y gallina en el verano. ¡Abriarse! Porque el frío viene, haciendo más estragos que Canalejas, con todos sus súbditos democráticos. ¡Abriarse! Porque el viento furioso, potente y áspero, lanza rugidos de fiera en los inmensos espacios. Entra en batalla la estufa que es objeto aristocrático, y en la vivienda del pobre funciona el brasero clásico, en torno del cual los padres hacen números y cálculos, piensan en amor las niñas y duerme tranquilo el gato. Sólo al gran Montero Ríos el frío no causa espanto, pues tiene muchos gabanes y mantas para ahuyentarlo. A él no le importa que el frío cause víctimas y estragos ni que los hielos de enero nos pengan como carámbanos. Que mientras él tenga estufas, carbón y leña de largo, lo que á los demás les pase á él no le importa un rábano.

Hasta los gatos...

En la mesnada política que acaudilla el señor Canalejas hay nulidades, hay hombres insignificantes; pero como don Félix Suárez Inclán yo creo que no hay ninguno. Don Félix llegó á ministro de la Corona, no por propios méritos, pues todos sabemos que no ha tenido ninguno, sino porque Canalejas se impuso á sí mismo la obligación de proteger á todos cuantos Suárez Inclán que por el mundo han sido. El señor Suárez Inclán, sesudo ministro de Fomento, diez años ha, pasó ratos muy amargos en cierto viaje por Asturias, y allí desaprovechó la ocasión, esa ocasión que sólo se presenta una vez en la vida, de hacerse persona. Don Félix dejó de ser ministro, con el derecho de cobrar 7.500 pesetas al año; y con esto debiera haberse contentado. Pero don Félix es ambicioso, y soñó de nuevo con un ministerio, con el de Hacienda, donde demostraría que, en cuestiones financieras es capaz de realizar la segunda edición del milagro de los panes y los peces. Canalejas, que se lo sabía de memoria, no le dió la apetecida tajada en el banquete democrático-ministerial, y don Félix devoraba en silencio aquel olvido, aquella ingratitud de don José. Don Félix vió que por el banco azul desfilaban nulidades políticas como Amalio Jimeno, Burell, Alonso Castrillo, Gasset, y para él, ¡ay, triste! no había una mísera piltrafa. Un día se le designó para presidir la Comisión de Presupuestos. El cargo, no obstante su importancia, no tiene coche, sueldo, ni gratificación, ni cosa que le valga, y esto comenzó á

exasperar á don Félix en términos alarmantes. —Usted no debe tolerar el abandono en que le tiene Canalejas,—parece que hubieron de decirle sus íntimos. —Esto durará hasta que yo me incomode, y ponga sobre la mesa mi genio. Pero pasaba el tiempo; la etapa canalejista tocaba á su fin, y don Félix no había sacado su genio á relucir ni había puesto nada sobre la mesa. Los amigos insistían, porque don Félix, como todo hombre político, tiene en torno suyo unos cuantos pasantes, que esperan algo de él, cuando llegue la hora de chupar del bote ministerial. En la gestión, como Presidente de la Comisión de Presupuestos no hizo nada de particular, y sus sueños de pasar desde tal presidencia, se desvanecieron como la sal en el agua. Y los amigos siguieron insistiendo, apurándole más cada día, porque veían que la ocasión de comer caliente se les escapaba de entre las manos. Por fin, don Félix tuvo un gesto de energía, con la inoportunidad de coger á Canalejas en un momento de mal humor, cuando don Pablo y don Rodrigo le estaban dando un sobro más que regular. Y ¡claro es! don Félix pagó el pato, y fué víctima del mal humor de su gran amigo de toda la vida y decidido protector. Don Félix acaso vuelva á ser Ministro, porque España es el país donde ocurren las cosas más raras y más estupendas; pero me parece que no será con Canalejas. ¡Ah! Quién sabe si este rasgo de energía lo hubiera tenido Suárez Inclán durante aquel viaje por las montañas de Asturias, otra sería su suerte. Pero ya lo dijo el clásico: «El que nace para ochavo»...

EL FRACASO DE CANALEJAS

—Parece mentira que Canalejas haya venido tan á menos, me decía uno de sus más entusiastas admiradores. Canalejas es una de las más poderosas mentalidades de la política contemporánea. Es un orador de elocuencia soberana, elegante y enérgico en el gesto, de voz sugestiva, de razonamientos convincentes, de párrafos rotundos y de frases definitivas. Y sin embargo ahora, desde la cabecera del banco azul, habla de un modo que dá lástima, hace unos discursos desmadejados, sin arranques tribunicios, hasta con torpezas en la expresión y desmayos en el gesto. ¿Qué le pasará á Canalejas?... Como no puedo atribuir su decadencia visible é innegable á los estragos de la edad, he de pensar que es debida á causas que radican en su vida privada, que si pueden hacer feliz al hombre, han de perjudicar al orador, al pensador, al político, al gobernante. ¿Me ha entendido usted? —Creo haberle entendido perfectamente; pero no creo que la que usted supone sea la causa de la decadencia de Canalejas. —Pues entonces no me explico... —Con ó sin los hechos puramente fisiológicos á que usted alude, Canalejas, el de la mentalidad poderosa y el de la elocuencia soberana, tendría que quedar rematadamente mal en esta inverosímil etapa de su vida política. No es posible hacer admirables discursos en defensa de procedimientos diametralmente opuestos á las doctrinas, buenas ó malas, que han sido el credo y el tema y la norma de toda una existencia y de violentísimas campañas en la prensa, en el mitin y en el Parlamento. No puede ser.

En la condición humana cabe creer por error que lo blanco es negro y lo negro blanco, y defender su creencia con brillantísimos discursos que, hasta sin convencer, arrastren á las multitudes. Cabe también, con una gran mentalidad y una elocuencia arrebatadora, hacer ver que lo blanco es negro y lo negro es blanco, aunque se sepa que no es cierto, como ocurre con frecuencia en los tribunales en que un gran abogado, convencido de la injusticia de la causa que defiende, logra arrancar una sentencia favorable. Lo que no cabe es defender brillantemente como blanco lo que siempre se ha anatematizado como negro. Canalejas hace ó quiere hacer eso, y de ahí su tremendo fracaso. ¿Cómo es posible que un demócrata de la talla de Canalejas pueda ser contundente en el razonamiento y arrebatador en la frase, defendiendo como ajustada á los cánones democráticos una ley que, no ya los de la izquierda, sino los de la derecha califican con razón de regresiva y reaccionaria? En el teatro, un cómico de gran talento puede resultar admirable haciendo un papel de detective después de haber hecho prodigios representando un papel de bandido ó viceversa. Pero fuera del teatro, en el escenario de la vida social ó de la vida política, estas incongruencias no son posibles, y si alguna vez lo son, no pueden defenderse, y si se defienden, no permiten grandilocuencias ni razonamientos sólidos. Cabe, eso sí, defender con brillantez, por una perversión, el error después de haber defendido la verdad, ó, por una conversión, defender con gran brío la verdad después de haber defendido el error. San Pablo fué el Apóstol de las gentes después de haber sido el perseguidor de los cristianos. Paul Féval fué el apologista de los jesuitas después de haber sido su enemigo acérrimo. El cura Ferrándiz escribe contra la religión, que antes había defendido hermosamente con la palabra y con la pluma. Lutero... miles de casos se podrían citar de personas que han adorado lo que antes habían aborrecido, ó que han blasfemado de lo que antes habían bendecido. Pero antes de emprender el nuevo y opuesto camino han hecho un alto; en forma más ó menos explícita se han retractado ó han apostatado. Canalejas quiere seguir siendo demócrata, radical, revolucionario en política, en religión y en sociología, y en nombre de la democracia y del radicalismo social, político y religioso, quiere usar procedimientos y dar leyes que irritan á los republicanos, descontentan á los liberales y merecen enérgicas censuras de los conservadores. Un hombre que procede así, por eloquente que sea y por alta mentalidad que tenga, soltero ó viudo, casado con mujer joven ó vieja, tiene que hacer discursos desmayados y faltos de miga para convencer y de brillantez para agradar.

CALENDARIO

142 SEMANA CANALEJISTA

Sábado.

Bombo y platillos.

Aquí tienen ustedes á un hombre metido en un verdadero compromiso. Yo soy enemigo de la Academia Española, tal y como está constituida, y desde esta modesta tribuna, le he lanzado alguno que otro pequeño dardo. Pero hoy es otra cosa: la Academia ha elegido individuo de número á Jacinto Benavente, y esta elección me ha regocijado una barbaridad, y me

obliga á hacer cuatro zapatetas en honor de los señores que integran la docta corporación. La entrada triunfal de Benavente en aquella casa, nos compensa de los apreciables congruos que tienen perpetuo asiento en los clásicos sillones, y esto ya es algo. Al fin entró al aire sano, fresco y purificador. ¡Que se repita! Benavente es una figura literaria de primer orden; sus obras son de «las que quedan», y entra en la Academia por derecho propio, sin haber nada al favor ni al compadrazco. Con motivo de la elección de Benavente, el señor Saralegui—el candidato competidor de Benavente,—ha recibido la segunda edición de las calabazas. El señor Saralegui, un perfecto desconocido, llamó el año pasado á las puertas de la Academia, y claro está, aunque iba bien acompañado, le dieron con la puerta en las narices. ¡No podía suceder otra cosa! Pero ¡indudablemente, el señor Saralegui es terco como un hijo de la antigua España, y no obstante aquel fracaso, vuelve de nuevo á la carga, ¡y nada menos que poniéndose enfrente de Jacinto Benavente! Los habrá torzudos; pero ¡caramba! como el señor Saralegui no conozco ninguno. En fin, tanta es mi alegría, que soy capaz de olvidar por unos cuantos días los dramas y cantares que hicieron académico á Mariano Catalina. ¡Si estaré contento!

Domingo.

El viejo Montero.

Los españoles, entren todos y salza el que buenamente pueda, no tenemos perdón de Dios. Llevamos cincuenta años soplando al viejo Montero Ríos un fracaso en todo, menos como padre de familia, y aún cometemos la tontería de tomarlo en serio, y de preocuparnos de sus gestos. ¡Tenemos cosas como para que nos degüellen del todo! Y si no vean ustedes lo que ocurre ahora. En el mundo mandillo político hay una marejada horrible, y el gobierno, aunque tiene hombres de tanto peso como Barroso, oscila, y está á punto de irse á paseo. Y todo ¿por qué? Pues porque al señor Montero Ríos se le ha atragantado el proyecto de las mancomunidades. ¡Ah! Si Canalejas poseyera esa energía de que alardea ¡qué ocasión para dar el golpe de gracia, inutilizando para siempre al cacique gallego! Pero ¡ay! á Canalejas se le va la fuerza por la boca, y tiene el pesarito de perder todas cuantas veces que le presenta la fortuna para desprenderse de un amigo tan molesto como Montero Ríos. A todo esto, los yernos y los hijos del viejo zorro siguen cobrando del Presupuesto, y esto revela dos cosas: ó que son muy frescos ó que les tiene muy sin cuidado la actitud de su ilustre pariente. Canalejas es la más loco de lo que está de ordinario, buscando una fórmula para evitar que Montero abandone á Presidencia del Suroeste. ¡Pues está! Canalejas es tanto de solemnidad! ¡Dimitir Montero ó Ríos!... ¡Antes la muerte ó el chocolate de á peseta que es lo mismo, ó por lo menos, cosa muy parecida! Montero no abandona aquel memo, aunque lo echen á escobazos, que será el regreso á que haya que apelar para vernos libres de su persona.

Lunes.

La seguridad en Madrid.

Pues, señor, nadie diría que vivimos en Madrid, en la capital de España; con una guarnición de diez ó doce mil hombres; dos mil quinientos individuos de policía y seguridad, una Jefatura superior, una Comisaría general capellánidamente retribuida; diez comisarías de distrito... Porque lo ocurrido en el Banco de España es de esos hechos que no tienen nombre, y que se precian á toda clase de comentarios de los más desagradables... ¡Un atraco en el Banco de España y durante las horas de despacho! Si nos dijeran que eso había ocurrido en el propio Rif, antes de que nuestras tropas lo ocupasen, nos parecería una exageración, una fantasma más ó menos morisca; pero en Madrid, en la capital de España, en nuestro primer establecimiento de crédito, es de lo más estupendo que se ha visto ni se verá en la época de la dominación canalejista. La policía anda loca por ahí, buscando á los autores del atraco del cobrador de la casa Sainz, los cuales irán, como Dios Nuestro Señor no haga un milagro, á hacer compañía al aseino de la mujer de la calle del Grafal, á los de don Valentín Huertas, á los del cara Meliá, al de Vicenta Verdier... ¡Y que para esto nos gastamos tantos millones en policía! Y que el atraco estaba premeditado con habilidad suma. No cabe duda, porque el parche de pez

